

ha resuelto que las caderas muden de sitio, y han mudado. —¡El demonio mismo no sabe ya dónde están!

Hay una especie de mujeres muy adecuadas para semejantes revoluciones; y son aquellas á quienes la naturaleza perezosa les ha confiado el cargo de formarse ellas mismas.

—Tales mujeres no tienen dificultad alguna para sujetarse á las leyes que se van sucediendo: son en el orden físico lo mismo que en el moral los hombres sin ideas y sin convicciones.

Mas respecto á aquellas con quienes la naturaleza ha manifestado la misma confianza, á las que han recibido sus formas

completamente hechas, y que, por lo general, son las mas hermosas, se presentan inmensas dificultades, y es rarísimo que dejen de ser vencidas por las primeras. Estos encantos algo artificiales, no deben esponderse á la vista, sino estar preparados, y es de inconcebible imprudencia el dejar penetrar al público en los escenarios de estos artistas de la hermosura.

Acerca de tanta imprudencia, voy á llamar la atención de las mujeres. —No hay actualmente una sola calle en París donde no haya una tienda, en la cual, bien en los estantes bien en el escaparate, no se haga esposicion pública,—de



objetos caprichosos de tejidos de crin, que revelan el secreto de que hay comerciantes de caderas y de otras mil cosas.

Semejante revolucion no puede dejar de traer en pos de sí la incredulidad, que ya ha atacado y destruido tantas cosas, y que amenaza acabar con el culto y con la religion de la hermosura.

No hablaré acerca de la importunidad de tales esposiciones, porque me parece que basta lo que ellas tienen de imprudente y de arriesgado, para estimular á todas las muje-

res á que prohiban á sus proveedores bajo pena de abandonarlos, que de ese modo espongan á la vista del público tan terribles secretos.

Es cruel para los hombres, al pasar por la calle, ver esfermentos que nos obligan á preguntarnos si nuestro corazon habrá latido algunas veces tras atractivos tomados de la crin de un caballo de alquiler, y decirnos: «¡Acaso dentro de quince dias haré yo locuras por causa de ese tejido de crin!»

ALFONSO KARR.

AÑO XXI. 27.

SEGUNDA SERIE.—1863.

HISTORIA EN FORMA DE NOVELA.

EL NACIMIENTO DE UN GRAN MONARCA.

I.

FIESTAS REALES.

Toda era júbilo y algazara la ciudad de Montpellier en un día de otoño del cuarto año del siglo XIII; y verdaderamente la ocasión daba pie á locuras de público alborozo, pues se celebraba el enlace de doña María, hija del señor de esta ciudad francesa con el rey Pedro II de Aragón y primer conde de Barcelona de tal nombre. Larga fuera la enumeración de la comitiva lujosa con que se dirigieron á recibir la bendición nupcial á media mañana. Heraldos, trompeteros, guardias de á pie y de á caballo, unos con alabardas y ballestas, otros con espadas y picas, próceres con escuderos y pajes, como están representados en pliegos de alenizas finas, se vieron desfilar por las calles entre la alborozada muchedumbre. Un hombre listo, y dado á curiosar por naturaleza, y á escribir noticias de sucesos, se hubo de mover de uno á otro lado, para ver aquella pompa diversas veces, atajando por callejones, y saliendo á esquinas de la carrera, pues dejó apuntadas varias especies que oyó al paso ó en los distintos lugares donde hizo parada; especies totalmente co-nexas y que sirven á maravilla para ilustración de nuestra historia, y así las copiaremos sin comentarios.

—Mejor apostura tiene el novio que la novia.—Mas joven parece él que ella.—Como que ya es viuda del conde de Comenge.—Otros dicen que vive separada de su marido.—¿Pues cómo pasa á segundas nupcias?—¿Y si el sumo pontífice ha disuelto ya las primeras?—No se comprende que ese buen don Pedro haya rehusado la mano de otras dos novias, entroncadas con reyes.—Por el parentesco de consanguinidad se le vedó la unión con la hermana de Sancho de Navarra.—¿Y quién le ha impedido el matrimonio con la hija del marqués Conrado?—Esa doña María sí que es un verdadero primor de hermosura.—¡Y había ya jurado entre los prelados y grandes maestros de los Templarios y Sanjuanistas que sería su esposa, con tal de que se obligara á expulsar á los turcos de los Santos Lugares, como que la corona de Jerusalén es suya!—¿Qué gloria la de combatir á los infieles!—Para eso no tiene que ir á países remotos.—Ahí están los Almohades, que no dejan sosiego á Alfonso VIII de Castilla.—Bien hubiera podido Pedro II de Aragón ayudarle á tiempo, y no tuviera desastroso fin lo de Alarcos.—De eso el monarca aragonés se halla sin culpa; no hacía ni dos meses que ocupaba el trono, y si el castellano le hubiese dado lugar á reunir huestes, no se le echara de menos sobre el campo de batalla, y de los cristianos fuera la victoria.—Alfonso VIII creyó que madrugando mucho amanecería mas temprano, y le salió errada la cuenta.—Que organice una expedición á Andalucía en toda forma, y ya verá si las barras de Aragón hacen su oficio.—Segun y conforme, porque sino mienten ciertos susurros, el rey don Pedro se va á meter en una danza que le puede costar muchos sudores.—Esas no pasan de agorerías.—Ya veremos pronto si son verdades: como vaya á la corte romana, lo que es Inocencio III no le pone la corona en las sienes, sin comprometerle á pagar tributo.—

Pues si atenta de ese modo á la independencia de un reino, conquistado paso á paso y con sangre de sus naturales, mal haría quien le arrendase la ganancia.—Aragón no es patrimonio de sus reyes.—Bien puede hacer memoria de lo acontecido cuando Alfonso el Batallador murió sin prole, y tuvo la extravagante ocurrencia de legárselo á las órdenes militares de los caballeros del Templo, del Hospital y del Santo Sepulcro.—A fé que las cortes hicieron bonito caso del testamento de Alfonso.—Y eso que fué un príncipe de los grandes del mundo.—Como que dió capital á su reino con la toma de Zaragoza, y extensión hasta la frontera de Castilla con la batalla de Cutanda, en que recogió abundante cosecha de laureles.—¿Y qué expedición tan famosa hizo sobre Granada, á instancias de los mozárabes andaluces!—Si su mujer doña Urraca de Castilla hubiera sido celosa de su recato, y como Dios manda que sean las esposas de los potentados y los humildes, hasta Africa no paran los moros.—¡Lástima que tan gran rey muriese en la batalla de Fraga!—¿Cómo un héroe de los mas insignes.—Y todas sus heroicidades no bastaron á dar validez á su voluntad posttrera.—De entonces data la separación de Aragón y Navarra.—Porque los navarros no querían por monarca á Ramiro el Monje.—Sin duda porque previeron que los aragoneses, desengañados de su nulidad para la gobernación y la guerra, le habían de apodar el *rey Cogulla*.—¿Y cómo sobre-nombrarán á este don Pedro?—Segun sean al fin sus acciones, porque en eso de los sobrenombres se pinta el pueblo solo, con su buen instinto y donaire.—Allí verá lo que hace en Roma; pero que no cuente con que los aragoneses le voten un ochavo para el Papa en signo de humilde vasallaje.—En dando allí la voz de unión se inflaman los corazones de todos, y hasta del Ebro parece como que brotan chispas.—Sobre las cosas espirituales todos los aragoneses doblan como buenos católicos la cabeza ante el Padre Santo; pero en lo temporal de suyo, solo tributan homenaje á sus reyes propios.

Hasta aquí la copia del manuscrito de interés para nuestro relato; porque lo de las músicas y banquetes, torneos y bailes, y divisas de caballeros y colores de damas y demás aparatos de corte en las solemnidades, lo mismo fueron poco mas ó menos las fiestas por las bodas de Pedro II y doña María que otras muchas, descritas hasta la saciedad en crónicas y romances.

Solo falta decir por de pronto, que muchos de los desconocidos interlocutores, de cuyas frases tomó apunte el autor del manuscrito citado, ó tenían algo de hechiceros, ó estaban muy al tanto de las ideas recónditas del monarca; porque efectivamente aquel mismo año fué á la capital pontificia, y aunque se ingenió para que Inocencio le pusiera con las manos y no con los pies la corona, previniéndola con pan cenizo debajo de la pedrería, no se pudo eximir de ofrecer vasallaje y tributo, á lo cual se negaron de plano los aragoneses, con la circunstancia de salir victoriosos en la demanda, y de no pagar el nuevo impuesto del monedaje, y de sostener con tesón la independencia de su patria.

II.

TRISTEZAS DESPUÉS DE ALEGRÍAS.

Para la reina de Aragón fué la luna de miel de duración bien corta. Yo ignoro si en aquellos tiempos la voz *maripo-*

sear era de comun uso, y si tenia la significacion que al presente, pero no era otra cosa lo que el rey don Pedro solia hacer en punto de amores, sin que le indujera á variar de condicion la mudanza de estado. Varias damas le parecian mejor que su esposa, y esta recatadísima y desconsolada no hacia mas que gemir el desvio del rey don Pedro, y desahogar las penas con su padre, é implorar á Jesucristo y á su Santísima Madre para que se las aliviaran del todo.

Enamorada estaba doña María de Montpeller de su esposo ingrato, y así no paraba mientes en sus desaires, y se hacia la encontradiza en los salones de palacio, sin lograr que hiciese muestras de haberla visto, y aun le escribía cartas con la mayor ternura, sin recibir ninguna respuesta. A veces el áspid de los celos llenaba su corazon de ponzoña, mas pronto volvía á predominar la intensidad del cariño, y de nuevo tornaba á las lágrimas y á las oraciones, y otra vez su espíritu renacia á las esperanzas.

Casi todos los cortesanos estaban á favor de doña María, si bien de botones adentro, como diríamos ahora, porque ante el rey aplaudian sus versátiles caprichos, como que el lenguaje de la lisonja les valia mercedes, y el de la verdad les produjera sinsabores. Con todo, habia un rico hombre, llamado don Guillen de Alcalá y aragonés de cuna, que no se mordía la lengua, y aunque al rey don Pedro no hiciera mas que muy sensatas insinuaciones por rodeos bien ideados, sobre la conveniencia de que los monarcas dejasen legítima prole, cuando hablaba con personas sesudas y de su confianza, se enardecia noblemente, y clamaba porque de un modo ó de otro se pusiera término á irregularidad semejante.

Así transcurrieron mas de dos años. Recatadamente don Guillen de Alcalá visitaba á la reina doña María, y aunque su canas y limpieza de costumbres le eximian de toda sospecha, nunca la veía sino delante de sus damas, que la amaban mucho, y se dolían de sus desventuras, y nada anhelaban mas que ponerlas remedio á toda costa. No de otro asunto platicaba don Guillen con la reina, y así admitidas eran á sus conversaciones.

Entre las personas, á quienes el rico hombre aragonés consultaba sobre este caso, no se puede menos de hacer mencion de un sacerdote, cuyo nombre no me ha sido posible indagar de ningun modo, aunque las señas de su figura y de su carácter y de su doctrina parecen convenir al que se llamaba Domingo de Guzman por entonces y era canónigo de Calahorra, y poco despues fundó la célebre orden de Predicadores, y hoy es venerado en los altares.

Como buen moralista, el sacerdote pensaba lo propio que el magnate del escándalo de que el rey no hiciera vida con su honesta esposa, y del peligro de que no dejara sucesor legítimo á su trono; pero disenta en cuanto á la manera de enmendar lo que deploraban juntos, á causa de que el prócer hasta la sedicion llegaba en su noble arrebató, y esto se le hacia al eclesiástico muy cuesta arriba, aun cuando en buenos libros hallase textos propios á cohonestar semejante conducta. Por sí encargóse de hablar á Pedro II sin ambages, y hasta con aspereza, si resultaba ineficaz la dulzura de las palabras, diciendo que tambien los médicos espirituales usaban el cauterio, cuando el bálsamo no alcanzaba á sanar las heridas.

No pareció mal á don Guillen que el eclesiástico interpusiera su autoridad respetable para el buen logro del santo designio, si bien poco esperanzado en que el rey mudara de

bisiesto; y hasta proporcionó coyuntura de que pusiera en planta la idea plausible una tarde en que Pedro II estaba de humor excelente, y segun dice el vulgo, de gracia. Hasta la real cámara acompañó al sacerdote, á cuya morada quedó en ir aquella noche misma á saber lo ocurrido en su entrevista con el soberano.

Puntual fué el magnate á la silenciosa mansión del religioso, á quien halló con la pluma en la mano, y acabando de copiar cierto pasaje de la Biblia. Ya que hubo concluido, se lo dió para que lo leyese en voz alta, con la advertencia de pertenecer al Génesis y á los pactos entre Laban y Jacob, su sobrino.—Lo copiado á la letra decia de este modo.

«¿Acaso porque eres mi hermano me servirás de balde? Dime que salario recibirás.

»Y tenia dos hijas, el nombre de la mayor Lia, y la menor se llamaba Raquel.

»Mas Lia era tierna de ojos; Raquel de rostro hermoso y de lindo semblante.

»A la cual aficionado Jacob, dijo: Te serviré por Raquel, tu hija menor, siete años.

»Respondió Laban: Mejor es que te la dé á tí que á otro hombre; quédate conmigo.

»Sirvió pues Jacob por Raquel siete años, y le parecian pocos dias en fuerza del grande amor que le tenia.

«Y dijo á Laban: Dame á mi mujer, porque ya se ha cumplido el tiempo...

»El cual, habiendo convidado á un banquete á gran multitud de amigos, celebró sus bodas.

»Y por la noche le introdujo á Lia, su hija.

»Dando á su hija una esclava llamada Zelfa. Y habiendo entrado Jacob á ella, segun costumbre, venida la mañana, vió que era Lia.

»Y dijo á su suegro: ¿Qué es lo que has querido hacer? ¿No te he servido yo por Raquel? ¿Porque me has engañado?»

—¿Y qué tiene que ver todo este pasaje de la sagrada Escritura con el voluntario divorcio del rey don Pedro y de la reina doña María? preguntó asombrado el magnate, así que terminó la lectura.

—Ahí está la clave de lo que se ha de poner por obra, respondió el grave sacerdote, y bajando la voz tanto que nadie le hubiera podido oír á dos pasos de distancia, le explicó su pensamiento de modo que el magnate se despidió alegre. Y tanto que el único paje, de quien se acompañó aquella noche, les fué á decir á sus compañeros que su señor debia estar de enhorabuena, segun se frotaba las manos al bajar la escalera de la mansión del sacerdote, y segun lo presuroso de su paso al ir por la calle, y las palabra halagüeñas, que le dijo por el camino.

III.

DE NOCHE TODOS LOS GATOS SON PARDOS.

De Montpeller no podemos salir de ningun modo, para seguir el curso de esta verídica historia. Ya hace tres horas que el sol ha dorado con sus resplandores las últimas cumbres. Silencioso está el real palacio, y el rey Pedro II, asomado á una reja de sus jardines. Impaciente se muestra segun las apariencias, pues no se mantiene quieto y sosegado como para gozar la frescura del ambiente embalsamado por el perfume de las flores, sino que unas veces se asoma velozmente, y mira á lo lejos un rato, y otras se aparta de la

reja, y anda á largos pasos la estancia, alumbrada por una lámpara de luz tenue, á cuyo fulgor se descubren dos sillones de damasco, un magnífico lecho con riquísimas colgaduras, y un lienzo representando á Júpiter metamorfoseado en lluvia de oro: todo indica á las claras que el rey don Pedro espera algo muy de su gusto, y que los minutos se le hacen semanas. Con atención aplica á menudo al oído, contentiendo la respiración anhelosa, y hasta el leve ruido de las hojas movidas á impulsos del aura y el blando susurro de las fuentes le producen sumo desagrado, pues todo lo quisiera en silencio absoluto para percibir á la mayor distancia posible y luego cada vez mas cerca presurosas pisadas.

Media noche es por filo, y de la reja á flor de tierra no se aparta ya don Pedro ni un solo instante. Aun cuando corre el mes de mayo, no hace luna, y todo lo envuelven las sombras. De pronto siente el rey que las palpitaciones del corazón menudean mas que de costumbre, y proviene de que al mismo tiempo divisan sus ojos una luz rastrera y movediza como de linterna, y sus oídos escuchan acompasado son de pasos de más de una persona. Poco despues ya alcanza á descubrir el vago contorno de dos bultos que se acercan bastante de prisa, y que desaparecen muy luego, si bien trasponiendo una puerta próxima á la reja, de donde se aparta el monarca aragonés en este mismo punto, y para no asomarse más esta noche.

Por más que los dos bultos hayan pasado como vagas sombras, á un observador ejercitado y atento no se le pasara por alto que el paso del uno era como tímido y receloso y el del otro como triunfal por lo muy resuelto, yendo envuelto el primero en manto y el segundo en capa, bajo la cual se oculta por fin la luz de la linterna.

A uno de los dos bultos, el de la capa, ya quitado el embozo y con la cabeza descubierta, se vé entrar respetuosamente, donde el rey aguarda ya al término de su paciencia, y luego se le oye balbucir algun tanto las siguientes frases.

—Señor, firme se ha mantenido como siempre en que ni dádivas de joyas ni promesas de montes de oro la hacen fuerza: si se rinde á vuestros deseos amorosos, no se aviene á que el vil interés quite el carácter de espontaneidad á su correspondencia; y solo os pide encarecidamente que cedais á no verla el rostro, pues acostumbrada está desde la niñez á guardar su recato, y el carmin del sonrojo encenderia sus mejillas y perturbaria su mente, si la contemplarais de cara.

—Nada hay que negar á beldad tan encantadora, se apresuró á decir el rey don Pedro. Con que, cierra esa reja, y apaga esa lámpara de un soplo, y no retardes mi ventura. Así que despunte la aurora, que será mucho antes de mi deseo, tú la volverás á acompañar á su morada. Entretanto, ni pegues los ojos al sueño, ni te muevas de ese cuarto de enfrente.

Cuando quedó á oscuras del todo el ocupado por el monarca, de allí salió el bulto de la capa, y allí entró el bulto del manto, y cerrada quedó la única puerta de la estancia.

Fuera sigue la escena de nuestra historia. Algo detrás de los dos bultos ya perfilados, se han introducido tres por el umbral mismo del jardín á la mansion régia, todos de capa y á la luz de una linterna sorda, y sentados están y silenciosos en el aposento, adonde el monarca ha mandado velar al acompañante del bulto del manto.

Ya se ha dicho que don Pedro II de Aragon era galanteador hasta lo sumo. Andando una tarde de caza, le sor-

prendió una tormenta en medio del monte: á una casa de campo se hubo de acoger contra la lluvia. Habitada estaba por una señora, que vestía luto por su marido, no difunto, sino cautivo de moros, lo cual daba tanto, á causa de su pobreza y de la ninguna esperanza de rescate. Con sola una criada sesentona vivía la dama: no habían ajado su hermosura las hondas penas, y al rey dió flechazo, y desde aquella tarde se propuso hacer los imposibles á trueque de que diéran oídos á su ternura.

Un escudero ladino, como soldado viejo, le sirvió para poner su designio en planta. Este exploró la casa de campo, y convencido de que allí no penetraba alma viva, con traje de peregrino y fingiendo venir de los santos lugares, se introdujo en la casa de campo, y hasta hizo amistad con la vieja, y habló con la señora; y suponiendo que en Montpellier había terminado su peregrinación devota, y que allí tenía su familia, se aventuró á menudear las visitas de modo que iba allí cotidianamente: y tras de tomar confianza, no vaciló en hablar claro á la señora, de cuyos labios no oyó mas que frases inspiradas por la dignidad ofendida. No estaba cortado el monarca para desistir de empeños vehementes, y antes bien le estimulaban las dificultades; y bajo el concepto axiomático ó proverbial de que dádivas quebrantan penas, á disposición del escudero puso los tesoros y rentas de su patrimonio para que ofreciera sin tasa. Pero la dama de la casa de campo no cedió un punto de su pudorosa entereza ni ante la perspectiva de sacar á su esposo de los mazmorras de Argel y de volverle á estrechar en sus brazos, porque á todo prefería la honra. Aun siendo el escudero poco aprensivo en estas materias, ya se abochornaba de persistir en las ruegas amorosas al nombre del monarca; pero éste decía tenaz en su antojo que no es mas duro el corazón de la mujer que una piedra y gota á gota la horada el agua al cabo, y que se podían llenar libros en folio con la relación de los obstáculos punto menos que insuperables y vencidos por la perseverancia. Y razones tuvo para dar por infalible este su estribillo, cuando el escudero le llegó á decir muy gozoso que la dama vendría por el jardín al palacio á cosa de media noche. De placentera ansiedad fueron para el monarca las veinte y cuatro horas que pasaron desde el halagüeño anuncio del escudero hasta hallarse á solas con la dama.

Apenas la dejó dentro el escudero ladino, con su linterna pasóse al cuarto, donde los tres últimos bultos ya estaban con los rostros descubiertos y sin articular palabra. Dos de ellos nos son muy conocidos, por no ser otros que don Guillen y el sacerdote: del tercero á quien ahora hacemos el primer saludo, no sé decir mas sino que era seglar y vestía de negro, y que llevaba espada al cinto sin ser soldado, y recado de escribir completo, que puso ordenadamente sobre una mesa. Su fisonomía revelaba mayor impasibilidad que la de todos los allí presentes. Algo rezaron juntos, para implorar el favor divino; pero gran parte de las cuatro horas que transcurren en Montpellier por mayo desde media noche hasta el alba, la pasaron en discurrir sobre diversos puntos, y especialmente sobre la enumeración de los muchos y eminentes servicios que súbditos leales pueden prestar á un soberano sin blandir lanza.

Ya se sentía el remusgo de la madrugada primaveral y saludada por el gorgojo de las aves, y ya las plantas y las flores se esponjaban con el rocío vivificante, y ya la luz natural iluminaba á la parte del jardín el palacio todo, cuando

se oyó sonar la puerta del aposento, donde el monarca había pasado en buena compañía aquella noche que se le hizo por demás breve.

Silenciosamente sacaba el rey de la mano á la dama, cuyo rostro cubría un espeso velo. No es posible describir su su asombro al ver á don Guillen de Alcalá postrado de hinojos á sus plantas, y al oírle estas palabras pronunciadas con muy sentido acento.

—Señor, si teneis iras, sobre mi cabeza las debeis descargar tan sólo.

—No es suya la traza, se oyó decir al sacerdote en actitud reverente, sino de este humilde siervo de Jesucristo y vasallo fiel de su monarca.

A todo esto el rey estaba confuso, el escudero arrinconado y tembloroso, y el hombre vestido de negro afanoso en mover la pluma sobre un pliego y llenándolo á toda prisa.

—¿Qué significa todo esto? dijo el monarca entre sorprendido y enojado.

—Esto significa simplemente, expresó la dama poniéndosele delante y echando atrás el velo y mostrando con aire triunfal su pálido rostro, que yo soy doña María, la reina de Aragón por mi matrimonio legítimo con don Pedro.

—Y yo doy fé como notario y ante el competente número de testigos, se oyó al hombre del traje negro, de que mi señor el rey de Aragón ha pasado con su legítima esposa la noche siguiente al día en que la conversión de San Agustín es celebrada por nuestra Santa Católica Iglesia.

—¡Famoso chasco!—Tales fueron las únicas palabras del monarca. No dió muestras de enojo; antes bien fugaz sonrisa arqueó sus labios; pero se entró solo á su aposento, y por dentro cerró la puerta sin dar golpe.

IV.

FAUSTO SUCESO.

Satisfechos de su ardid bien intencionado el eclesiástico y el magnate, lo divulgaron á la par que el escudero y el notario, que eran casados, y cuyas mujeres corrieron la noticia tan diligentemente, que á otro día todos los de Montpellier formaban corrillos en calles y plazas, y con alegre semblante se daban parabienes, y por la noche agasajaron á la reina con música y canto á la casa de los de Tornamira, donde se fué á vivir entonces, rogando al prócer don Guillen y al sacerdote que también moraran bajo el mismo techo.

No varió el monarca de conducta en lo de mantenerse alejado de su esposa, mas sí en lo de requerir de amores á la señora, que vivía como viuda en la casa de campo, y en lo de valerse del ladino escudero como antes para sus aventuras.

Afortunadamente, muy luego se notaron síntomas de que aun cuando el rey don Pedro bajara á la tumba, no quedaria sin legítimo sucesor su trono. Del año de 1208 había pasado un mes completo, al sentir la reina doña María los primeros dolores: tantas velas como fueron los apóstoles mandó fabricar de igual peso y tamaño, con el nombre de uno de ellos en cada cirio, y que se pusieran sobre un altar de la Virgen Santa; y cabalmente el día de su Purificación gloriosa dió á luz un niño muy robusto, al cual se puso en el bautismo el nombre de Jaime, por la circunstancia de haberse consumido las velas todas, encendidas á un tiempo mismo, antes que la dedicada al apóstol patrono de España.

General fué el júbilo de los aragoneses, y hasta el rey

sintiólo muy grande; pero desamando cada vez mas á su esposa, y tanto que acudió á la Santa Sede en demanda formal de absoluto divorcio por razones ajenas de fundamento. Y mientras daba calor á esta súplica intempestiva, y la reina doña María iba á Roma en calidad de esposa y madre á litigar por sus legítimos derechos, el niño Jaime se criaba al lado de Simon de Monforte, señor de Carcasona, á quien se le había confiado su padre, mientras ayudaba en union de Sancho VI de Navarra á Alfonso VIII de Castilla al triunfo de la Santa Cruz el 16 de julio de 1212 en las Navas de Tolosa. No porque fuera heterodoxo, pues de católico mereció el sobrenombre, sino por razones de alianza y por hacer su mediación valedera, Pedro II vióse comprometido á lidiar en union de príncipes albigenses y contra Simon de Monforte y el legado del Papa, y sobre el campo de batalla de Muret pasó de esta vida el año de 1213 y á 13 de setiembre. Su esposa acababa de ganar en Roma el litigio contra el divorcio, y allí le sobrevivió no mas que cinco años. Inmediatamente despues de ser sabedores los magnates aragoneses y catalanes de la muerte desastrosa del rey don Pedro, á Simon de Monforte acudieron para que les entregase la persona de su hijo legítimo don Jaime, y no pararon hasta quedar airosos en la demanda.

V.

LO QUE FUE DON JAIME SOBRE EL TRONO.

Contemporáneo fué este rey de Aragón, de Fernando III de Castilla, el gran conquistador de Córdoba, y de Sevilla, y de Murcia, no siéndolo también de Granada, por haberse mostrado piadoso con Alhamar el fundador de aquel emirato, y de Luis IX de Francia, incansable en avivar las cruzada, ya de caída, y cautivo y muerto de peste sin desistir de su anhelo constante. Así Fernando como Luis llegaron á merecer culto: ni de lejos llegó á la santidad el rey Jaime, aun cuando tuviera la vision celeste de que trajo origen la religiosa y militar orden para la redencion de cautivos con la advocación de la Virgen de las Mercedes; pero se les pareció mucho en el ardimiento contra los musulmanes, y en el amor á la paz mútua con todos los príncipes cristianos.

Dentro del castillo de Monzon le tuvo el maestre de los Templarios en custodia, luego que las córtes de Lérida le juraron monarca: sus tios don Sauchó y don Fernando le disputaron el trono: como bajo prision le guardaron algunos dias los magnates en su palacio de Zaragoza: peligros corrió su vida en reiteradas turbulencias; mas dotado de grande espíritu desde mozo, y favorecido por la lealtad de mucha parte del pueblo y de algunos señores, al cabo se sobrepuso á los rebeldes, y en el castillo de Peñíscola empezó á hostilizar á los moros, si bien desistió de la acometida, al declarársele tributario el emir de Valencia. Antes de mucho, con una armada de ciento y cincuenta naves zarpó del puerto de Salou para quitar á los musulmanes la isla de Mallorca; atrevida empresa, de que no le hicieron desistir la furia de los temporales, ni el teson de los enemigos ni la peste, que empezó á picar entre sus soldados, y que á los cuatro meses de esforzada lucha llevó á remate. Otra escuadra suya apoderóse á los dos años de la isla de Menorca: algo despues y con su beneplácito de la de Ibiza se hizo dueño el arzobispo tarraconense; y así quedó efectuada la conquista de las Baleares.

Legítimamente pudo agregar á su corona de Aragon la de Navarra, á la muerte de Sancho el Fuerte, que le habia adoptado por hijo, no teniéndolo propio, y desamando á su sobrino Teobaldo, conde de Champaña; pero á la menor insinuacion de los navarros, les eximió del pleito homenaje con desinterés sumo, no pensando más que en dedicar su voluntad vigorosa y su ardimiento extremado á la gran conquista de Valencia. Dueño se hizo de Morella, y Burriana y Peñíscola á costa de grandes afanes: del Puig rechazó al emir Djomail con pérdida enorme; necesitado de refuerzos y sin posibilidad de marchar á requerirlos en persona, á causa de que los próceres se le desbandaban unos tras otros, con temerario empuje se fué á acampar bajo los muros de Valencia sin más que doscientos caballos y mil peones. Por fortuna la voz apóstolica del sumo pontífice Gregorio IX le atrajo muchos cruzados de Francia y de Inglaterra; de víveres les proveyó oportunamente la escuadra catalana: por efecto de los temporales, se hubieron de alejar del Grao navas tunecinas, llegadas á la costa en auxilio de los sitiados; y al fin estos apelaron á la generosidad del monarca ardoroso, de quien además de la vida y la libertad obtuvieron cuanto pudieren llevar consigo; y así el año de 1238 y á 28 de setiembre, la ciudad conquistada por el Cid Campeador tiempos antes fué para siempre yá de cristianos.

Lentamente y sin descansar nunca se posesionaba el rey don Jaime de Játiva y del castillo de Biar y de cuanto en el reino de Valencia quedaba á los musulmanes. En primeras nupcias estuvo unido á doña Leonor de Castilla, tia de San Fernando, y de ella le nació un hijo llamado Alfonso. Por razon de parentesco se disolvió este matrimonio, y de seguida lo contrajo con doña Violante de Hungría, fecunda en prole; y el anhelo de no desheredar á los hijos del segundo tálamo de coronas, le movia impolíticamente á desmembrar sus dominios, señalando los de Aragon á su primogénito Alfonso, Cataluña á Pedro, Valencia y las Baleares á Jaime, Cerdeña, Rosellon y Montpellier á Fernando; menor que todos era Sancho, pero destinado estaba á la Iglesia, y despues cinóse la mitra de Toledo, y prisionero de los moros en sangrienta batalla, le mataron furibundos, para atajar disputas sobre quien le habia de tener en su guarda. Del solo intento de desmembrar sus Estados se derivaron discordias entre los magnates y fechorías de facinerosos, contra los cuales formaron hermandad las ciudades y villas aragonesas.

Dignísimo del sobrenombre de *Conquistador* que le dá la historia, de sus dominios expulsó á los moros, rebeldos á la voz de Alk Azar el Africano: á Montpellier fué á celebrar con Luis paz y alianza, selladas por la boda de su hija doña Isabel y el que fué luego Felipe el *Atrevido*: tambien casó á su hijo Pedro con doña Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia. Dando oídos á las instancias de Miguel Paleólogo se hizo á la vela en Barcelona, para ir á la conquista de Tierra Santa; pero una tempestad le obligó á refugiarse con su mal parada flota en Aguas Muertas, desde donde tornó á sus dominios, perturbados por la guerra encarnizada, que se hacían dos hijos suyos, Pedro legítimo y Fernan Sanchez bastardo, y que terminó con ahogar el primero al segundo en las aguas del Cinca.

Favor eficacísimo dió á su yerno Alfonso X de Castilla, cuando se le sublevaron los moros, que moraban en sus dominios, y personalmente recuperó la ciudad de Murcia. Igual

amparo dió á los reyes navarros de su tiempo todo; á Teobaldo I, que estuvo un año en Palestina, á la cabeza de cruzados franceses, y despues fué excomulgado por atentar contra las inmunidades del obispo de Pamplona, en cuya ciudad murió á poco de tornar absuelto por el Padre Santo; y sucesivamente á sus dos hijos, Teobaldo II, fallecido en Trápani á la vuelta de la cruzada en que San Luis pasó de esta vida, y Enrique, esposo de una sobrina del mismo rey Santo, y que poco despues bajó al sepulcro, dejando á su única hija doña Juana de edad de dos años. Entonces Jaime reclamó sus derechos sobre Navarra: se los reconocieron las córtes en Puente la Reina; y así y todo consintió la transmisión de la corona á la dinastía francesa, por su amor constante á la paz con los reyes cristianos.

Asistiendo al concilio general de Lion por invitacion del papa, el rey Jaime quiso recibir la corona de sus sagradas manos; demanda á que Gregorio X se avino gustoso, bajo condicion de que le rindiera vasallaje; pero aleccionado con el ejemplo de lo acontecido á su padre, por ceder á la voz de Inocencio III á igual exigencia, lo rehusó muy dignamente, por no reconocer señorío en lo temporal de sus Estados á ningun príncipe del mundo. Providencialmente y á causa de precederle en la tumba sus hijos Alfonso y Fernando, se atenuó el mal de la desmembracion de la corona, debiendo reinar Pedro sobre Aragon, Cataluña y Valencia, y quedando á Jaime solamente las Baleares, el Rosellon, Montpellier y la Cerdeña.

Otra vez promovió Alk Azar un levantamiento de moros, y á su hijo Pedro fió la represion el gran monarca, ya muy agobiado por la edad y por las fatigas de su larga y gloriosa carrera, que acabó en Alcira con hábito cisterciense á los sesenta y ocho años de vida y á los sesenta y tres de reinado.—Treinta batallas campales ganó á los moros: por miles se cuentan los templos que edificó en sus nuevas conquistas: su denuedo rayaba en temeridad á menudo: siempre se le resistía estampar la firma al pié de toda sentencia de muerte; y sin embargo, es fama que se alegró al saber la violenta dada á su hijo bastardo, y aun tuvo la crueldad de cortar la lengua al obispo de Gerona, por suponer que habia rebelado el secreto de la confesion al papa. Muy dado fué á los goces sensuales, cuyo vicio atenúa uno de sus cronistas con decir que todas las damas se prendaban de su gentil apostura, como que en la cristiandad no habia príncipe más gallardo, tanto que su contemporáneo Descot nos le retrata de este modo.

«Era más alto que otro un palmo; muy proporcionado y bien hecho en todas sus partes; el rostro blanco, grande y colorado, que parecia flamenco; la nariz larga y derecha; la boca grande, pero agraciada; los dientes, como perlas; los ojos, bellos y zarzos; los cabellos rubios como hebras de oro; grandes espaldas, largo cuerpo y delgada cintura; piernas y muslos gordos y crecidos; los pies bien hechos y bien calzados; ágil en cualquiera ejercicio de á caballo y de á pié; práctico en las armas; fuerte, valiente, liberal, apacible á toda manera de gente, y misericordioso por extremo.»

Tal fué el monarca de quien fué padre don Pedro II de Aragon por tan extraño modo como se ha referido. Sus altas dotes de príncipe están muy por encima de sus debilidades de hombre y le aseguran eterna fama. Su hijo Pedro le sucedió en el trono, y la gloria de Aragon extendió á Sicilia, cuya conquista llevó á cabo.

De don Guillen de Alcalá y del sacerdote, que con tan buenos fines hicieron pasar juntos una sola noche al rey don Pedro y á la reina doña María, no sé mas pormenores que los apuntados; y por consiguiente aquí dá fin esta relacion mejor ó peor escrita por mi pluma; pero que, bajo los visos de novela, sustancialmente es pura historia.

A. FERRER DEL RIO.

EL PRIMER DESAFIO DE PIERROT.

I.

Las doce de la noche, una hora fantástica como los cuentos de Hoffman, el momento fatal en que en un drama romántico cae el telon al terminarse el quinto acto ensangrentado. La media noche hace un gran papel en esas historias tremebundas, horripilantes, sangrientas con que nos dormían cuando éramos niños; ¡y cuántos niños grandes entre los hombres no tendrán valor de pasar por un cementerio desierto á las doce de la noche!

El viento que zumba entre los altos cipreses, nos parece el grito de los muertos quejándose de frío: la luna con sus caprichosos dibujos iluminando las pesadas lápidas, y los nichos nos hace ver dudosos fantasmas que se pasean despidiendo llamas.

Para nosotros es un sombrío minuto aquel en que el reloj de la vecina iglesia, con su timbre de bajo lanza doce notas pausadas, graves, tranquilas y melancólicas.

Las doce de la noche nos entristecen, porque son doce voces que nos recuerdan la rápida fuga del tiempo, y porque es un nuevo día que se nos escapa con ligero paso, ¡y que al irse nos arroja un eterno adiós!

¡Escuchad!..... acaba de sonar la última campanada de las doce. El suelo deja oír un ligero crujido: un hombre que camina con tímidos pasos, llevando los zapatos en una mano, y la luz en la otra, se para de repente. Sobre su rostro se lee la vacilacion de una conciencia culpada. Tiene miedo de su propia respiracion; ve su sombra, y le asusta su sombra. Continúa sin embargo su marcha, marcha indecisa, tortuosa como la de los criminales. Se detiene delante de una puerta, y se pone á escuchar: nada. En la alcoba está durmiendo un anciano. El hombre que lleva la luz da todavía algunos pasos, despues se para en otra segunda puerta, y se pone á escuchar de nuevo: tampoco hay nada.

En aquella hay una jóven de rodillas rezando delante de su cama. ¿Va el hombre acaso á asesinar al anciano ó á la niña? No. Llega á una tercera puerta, la abre y sale á una escalera. Baja muy poco á poco. Ya abajo vuelve á ponerse los zapatos y da un soplo á la luz. De un brinco se pone en la calle. Entonces libre, y con toda la fuerza de sus pulmones canta:

Al claro de la luna
Mi amigo Pierrot.....

II.

Cambia la decoracion. Los aficionados á anthttesis se quedarán satisfechos. En lugar de un hombre caminando sin ruido y alumbrado por una modesta vela, son centenares de

hombres y mujeres mezclados en tropel bailando al son de una numerosa orquesta y á la luz de mil resplandecientes bujías.

Al través de aquella turba que da y recibe pisotones y codazos, vaga errante un Pierrot conocido nuestro: el hombre que ahora poco escuchaba á la puerta del viejo, á la puerta de la jóven. Aquel Pierrot revela lo embarazado que se halla con su casaca; la harina con que se ha empolvado el rostro, esconde apenas su encendimiento. Hállase muy á su sabor entre aquellas máscaras que se sacuden como un gato en un barreño lleno de agua. El gato se agita en todas direcciones tratando de salir á la orilla, y nuestro Pierrot trata á todo trance de coger la puerta. Pésele y mucho el haber puesto los pies en aquella infernal barahunda, y retrocede tras de su nariz de carton, amedrentándole las miradas de las mujeres, y se le pone carne de gallina al empujarle los hombres: parécele terrible todo aquel mundo grotesco.

¿Qué ha venido á hacer el pobre muchacho en el baile de máscaras del Teatro Real? ¡Ay! es la primera vez que va á él. Apenas tiene veinte años. Ayer todavía estaba en la Escuela Pía. El demonio de la curiosidad le ha hablado al oído: ha querido ver estos bailes que los periódicos pintan con tan falsos colores, y se ha escapado de su casa cuando ha creído dormida á su familia, sin pensar en las angustias de sus parientes si llegasen á descubrir su ausencia.

Bien castigado está ya de su escapatoria el imprudente, porque se fastidia mortalmente. Precisa es toda la candidez de un colegial para esperar divertirse en el baile de máscaras del Teatro Real. ¡Bueno está por cierto el tal baile para divertirse!

Pierrot está aburrido y quiere marcharse decididamente. Echa por en medio, empuja á este, atropella á otro, y en sus bruscos movimientos tropieza con sus mangotes con un diablo de Arlequin. Arlequin da un empujon á Pierrot, Pierrot da otro empujon á Arlequin. Gritan las mujeres, y forman corro los hombres.

—¡Usted me ha insultado, dice el señor Arlequin, y me dará una satisfaccion!

—Yo no he venido aquí para batirme, responde tímidamente Pierrot.

—No oigo de este oído. Vamos, marchemos.

Cátate que dos máscaras se improvisan como padrinos de Pierrot. Sácanle á la calle, y al salir los padrinos, compran espadas en casa de un prendero.

No hay medio de retroceder: hay que darse de cintarazos, ¡pobre Pierrot!

Al ver un pilluelo pasar á aquellos dos hombres y sus cuatro testigos ó padrinos, con un tono que desgarró el corazón de Pierrot cantaba:

Préstame tu pluma
Que á escribirte voy.....

III.

Están sobre el terreno. Véase el grabado que damos en este artículo, copia de un bellissimo cuadro.

¡Qué grupo tan lindo! Pierrot y sus dos padrinos. Una especie de capitan al estilo de los de las comedias de capa y espada de Calderon y de Tirso, esplica al pobre Pierrot la tercera, la cuarta, el parar y demás suertes de la esgrima, como un maestro de armas. El segundo padrino es un sal-

vaje del baile de la Opera con mas plumas que un salvaje del Orinoco, sigue con la vista como un filósofo las peripecias del duelo.

Pierrot, blanco como su traje, aparenta escuchar, mientras su imaginacion anda dando vueltas muy lejos de allí. No tiene miedo de morir, empero le preocupa su padre que habia dejado durmiendo, y su hermanita que estaba rezando cuando él se escapó. Piensa que á aquellas horas los que le aman le andarán buscando y no lo encontrarán. Mira aquel sol, quizás el último que luce para él. Mira aquellos árboles que allí estarán mañana todavía tranquilos, magestuosos, en tanto que él.... Entonces siente subir á su garganta los sollozos. Se sofoca, y está al aire libre en la fuente Castellana... ¡Pobre Pierrot!

Al otro lado Arlequin vestido de mil colores blande su espada. Es la escena al revés, tan pacato como es Pierrot, es quimerista Arlequin. Tal vez no deja tras de sí quien lllore su muerte, ó está seguro de que no le faltará su espada. Quizá tendrá mas miedo todavía que Pierrot: casi siempre el valor está en razon inversa de las bravatas, y raras veces un fanfarron al hablar, es valiente al obrar. No hay peor cobarde que el que se jacta y la echa de valiente. Arlequin pondera el suyo, y podrá muy bien no ser mas que un hipócrita en esgrima. El hombre verdaderamente valiente, se conmueve al verse en el terreno: preciso es para ponerse tranquilo que el señor Arlequin sea un cobarde.

En el momento en que iba á comenzar el combate, un pájaro burlon, un loro que se habia escapado de su jaula se po-



só sobre un árbol silbando como para burlarse de la ansiedad de Pierrot este antiguo estribillo:

Ya no tengo fuego....
Mi luz se apagó.

IV.

Pierrot y Arlequin se batien. El primero es un *chambon*, el segundo un *espadachin*. Pierrot da estocadas sin arte y sin regla, y da como se dice *al maestro cuchillada*.

Arlequin cae herido, cubierto de sangre en manos de sus padrinos. El suelo está blanco, cubierto de nieve. Allí cerca una berlina pesetera aguarda á Arlequin.

Apartémonos de esta escena trágica; alejemos esta pesa-

dilla, olvidemos este drama que nos inspira este bello grabado de un cuadro que es toda una linda comedia. El pincel del pintor es una pluma que escribe deliciosas farsas como esta.

Ríámonos, pues, de ella, porque Arlequin es un cobarde, un mándria como todos los fanfarrones y barateros. Pierrot con su aire tímido y pacato, le ha dado una buena leccion.

Despues de haberse portado como un hombre, nuestro colegial fué á pedir perdon á su padre y á su hermana, y con voz de arrepentimiento, entró cantando bajito:

Abreme la puerta
Por amor de Dios!

EL CONDE DE FABRAQUER.